

La diáspora sefardí a través del Mediterráneo y el Magreb tras la expulsión de España en 1492.

Mikhaël Elbaz

<http://www.uam.es/otroscentros/TEIM/Observainmigra/Atlas%201996%20inicio.htm>

El año 1492 pone fin a la mítica convivencia que había caracterizado hasta entonces a la Península Ibérica, inaugurándose un proceso de diáspora de la sociedad judía sefardí por la cuenca del Mediterráneo. Las zonas de acogida de las sucesivas oleadas de expulsados y de conversos serán principalmente Portugal y Navarra, África del Norte, el Imperio Otomano, los Balcanes e Italia. Entre 100.000 y 200.000 judíos ibéricos comenzaron una vida errante, formando comunidades autónomas y dinámicas, redes transestatales, como queda ilustrado en la cultura de los siglos XVI y XVII. El declive de esta edad de oro se manifiesta con la irrupción del último movimiento teopolítico del judaísmo post-marrano: el sabbatianismo. Comienza entonces un período de convulsiones sociales y políticas que acabará, a mediados del siglo XX, con la disolución del conjunto sefardí por la acción combinada de la occidentalización y las migraciones, los nacionalismos y el nazismo.

África del Norte. Consolidación y declive de la comunidad judeo-magrebí.

Ya con las masacres de Sevilla y Barcelona en 1391, algunos refugiados se establecieron en África del Norte. El decreto de expulsión de España de 1492, por una parte, y las conversiones forzadas de 1497 en Portugal, provocaron la huida de cerca de 55.000 judíos, la mitad de los cuales murieron como consecuencia del viaje, los saqueos y las catástrofes naturales. Los que sobrevivieron se instalaron en las ciudades costeras de Arcila, Badis y Safi o en las metrópolis, como Fez y Marrakech, en Marruecos, y también en el reino de Tremecén, en Argelia. En este último país, en Libia y sobre todo en Túnez, son judíos de Liorna descendientes de marranos los que llegan a finales del XVI, formando un grupo distinto (los Grana) y dinámico en el seno de las comunidades judías autóctonas hasta el siglo XX.

En Marruecos, la hegemonía cultural y política de los megorashim (expulsados) provoca fuertes tensiones con los toshavim (residentes autóctonos) y acaban por imponer el rito castellano y el modo de organización comunitaria. Este dominio -más claro en el norte del país, en Tetuán, Tánger y Alcázarquivir- permite la conservación del judeo-español (la haketia) y se manifiesta con cierta condescendencia hacia los del interior, llamados «forasteros», que acabaron por someterse, bien en árabe bien en bereber, a los principios legales y organizativos de los sefardíes. Las élites de origen andaluz se inician muy rápidamente en el negocio transatlántico, tejiendo lazos con los establecimientos portugueses, con los Países Bajos e Inglaterra. Serán igualmente activos como intérpretes, médicos y diplomáticos, negociando durante los siglos XVII y XVIII

tratados en nombre de los soberanos marroquíes o actuando como protegidos de las potencias occidentales (entre esas élites destacar las familias Palache, Cardozo y Pinto). La mayoría de los judíos marroquíes se dedicarán al pequeño comercio y la venta ambulante, la artesanía, la destilación de bebidas alcohólicas y a la agricultura. En el campo intelectual, linajes de rabinos (Abensur, Almosnino, Berdugo, Danan, Elbaz, Serfaty, Serrero...) estaban en contacto con sus correspondientes de Safed a Amsterdam, de Florencia a Salónica. Han dejado sus huellas en derecho jurisprudencial (reglamentos y sentencias: Taqqanot et Responsá), poesía y literatura oral, gozando la Cábala de gran popularidad.

Durante los siglos XVIII y XIX, las crisis políticas en Marruecos, las intervenciones occidentales (ocupación de Tetuán por España entre 1860-1862, y de Argelia y Túnez por Francia en 1830 y 1881) provocan la anarquía, el empobrecimiento económico, el rigorismo de los rabinos y las migraciones al nuevo mundo. Es en el siglo XX cuando se asistirá a una modernización seguida del crecimiento demográfico y la pauperización, principalmente en Marruecos, bajo protectorado español y francés desde 1912, pero también en Libia y Túnez. La influencia de las escuelas de la Alianza Israelita Universal y de Francia, los ideales de emancipación del estatuto de dimmi se combinaron con el fuego cruzado de los nacionalismos, la descolonización y la arabización, supusieron las salidas en masa de los judíos marroquíes, tunecinos y libios hacia Israel, mientras que la mayoría de los judíos argelinos fueron a Francia. Los grupos aculturados emigraron a América del Norte y del Sur, España y Europa occidental. Cerca de medio millón a principios de siglo, no quedan hoy en día más que unos miles de judíos en Marruecos y algunos centenares en los otros países del África del Norte. Surge una segunda diáspora que acaba con dos milenios de historia en tierra magrebí y cinco siglos de exilio sefardí.

Italia: el oasis toscano

Salvados de las persecuciones de la Inquisición, los marranos volvieron al judaísmo mientras que los exiliados formaron prósperas comunidades desde Pisa a Liorna en los siglos XVII y XVIII. Su presencia en las ciudades italianas de Venecia, Mantua, Ferrara y Ancona se corresponde con una intensa actividad intelectual y comercial con Izmir y Salónica, Viena y Amsterdam, África del Norte y Egipto. Sin embargo no sobrevivirá al declive del Mediterráneo. Aquí florecerán, como en otras partes, el cabalismo y la impresión de obras importantes, principalmente las de Salomón Ibn

Verga y Samuel Usque en el siglo XVI, León de Módena y Moses Zacuto en el XVII y XVIII y la del poeta y gramático Samuel Recanati en el XIX.

El Imperio Otomano y los Balcanes

La Sublime Puerta autorizó a los exiliados a instalarse en las regiones bajo su control, hasta el punto de que el espacio otomano se convirtió en el corazón del mundo sefardí entre 1492 y 1945. Allí emigraron entre 80.000 y 160.000 individuos en oleadas sucesivas entre los siglos XVI y XVII, formando comunidades importantes en Constantinopla, Andrinopla, Izmir y Salónica, en Bucarest y Sofía, en Safed y El Cairo, en las islas jónicas (Corfú, Léucade y Zante), en Rodas y Creta. En ese cruce marítimo y terrestre importante hasta el siglo XVI, los expulsados promovieron un desarrollo económico, cultural e institucional notable, empujando a la «sefardización» a comunidades gitanas, ashkenazes y arabófonas e innovaciones tecnológicas y comerciales o culturales (imprensa, teatro). El modelo pluricomunitario del millet otomano favorecía la tolerancia y la circulación de ideas a la que contribuirían intelectuales marra nos reconvertidos al judaísmo que se educaron en universidades españolas, como la de Salamanca. La llegada de estos últimos y, más tarde, de judíos de Liorna, reforzará el papel de las comunidades sefardíes en los ámbitos de los intercambios comerciales, la tripulación de barcos y los seguros marítimos, permitiendo la aparición de industrias manufactureras, de oficios artísticos y de lujo. Los judíos del Imperio están siempre presentes en diversas ocupaciones. En Salónica, donde son mayoritarios, trabajan como curtidores y encuadernadores, tintoreros, sastres y sombrereros, ocupando el sector de la industria lanera, la artillería y diversos sectores de la artesanía. Diplomáticos, médicos y Judíos de corte, tuvieron un poder de influencia en el apogeo del Imperio, que se observa igualmente entre los intelectuales con la producción de una cosmogonía rica en obras literarias, cabalísticas y en el ámbito de la halakha, tanto en Safed como en Salónica. Dinastías de letrados, como los Abravanel y los Pardos, pero también de rabinos influyentes han dejado una obra donde se mezclan el racionalismo y el misticismo: Abraham Zacuto y Yitzhak Aboab Yossef Caro en Palestina, Hayim Vital en Damasco, el Radbaz en Egipto, Salomón Elkabetz en Salónica.

Con las masacres de Chmielnicki en 1648 en Ucrania, los judíos del Imperio otomano y del Mediterráneo presienten el declive, sufren la opresión de los jenizaros y se refugian en la espera mesiánica que exalta Sabtai Tsvi, nacido en Esmirna, que se proclama mesías en 1651. El levantamiento en masa del pueblo sefardí será una esperanza traicionada por la apostasía de Tsvi, una parte de cuyos fieles se convertirán en cripto-musulmanes (dünme). Algunos de sus descendientes, casi un 15% de la población de Salónica en el cambio de siglo, jugarán un papel activo en la modernización del Imperio.

El fracaso de la aventura sabatinista sumirá al mundo sefardí en una larga y profunda degradación de las condiciones de vida, la arbitrariedad fiscal de los jenizaros, la corrupción del régimen a los que se añaden los males del momento (epidemias de cólera de 1832 a 1913), las catástrofes naturales (terremotos de Sáfed y Tiberiades en 1837, de Salónica en 1856). En el siglo XIX se anuncia un semirenacimiento con la instalación de judíos de Liorna en Salónica capital costera, donde el 60% de los judíos son sefardíes, hablan el Djidyó y consideran su ciudad como la «Jerusalén de los Balcanes». Este «siglo de las luces» da lugar al nacimiento de una literatura, numerosos periódicos, a la modernización de la educación judía y a la sistematización de la gramática del judezmo. El crecimiento económico se ve acompañado de una expansión demográfica y de la obtención gradual de derechos cívicos. Todos estos cambios no pudieron, sin embargo, resistir a la fuerte presión ejercida por los movimientos nacionalistas en los Balcanes, las acusaciones de asesinatos rituales contra los judíos, la xenofobia y la llamada a las ideologías occidentales y al naciente sionismo. Las dos guerras mundiales firman la disolución de la cultura clásica de los sefardíes, bien mediante la emigración hacia América del Norte y del Sur, el África subsahariana y la Europa occidental, bien por la destrucción por los nazis de las comunidades judías de Salónica y Corfú. La mayor parte de los supervivientes del nazismo y del comunismo se dirigieron al estado de Israel, donde se mantienen algunas huellas de la cultura ladina. De los 330.000 judíos sefardíes que vivían en el Imperio otomano en el cambio de siglo, no quedan hoy más que 40.000 concentrados en Turquía y comunidades residuales en Bosnia, Serbia, Corfú y Atenas. Las antiguas comunidades de El Cairo, Alejandría, Rodas, Creta, Bucarest, Sofía, Skopje, Bitocj, Salónica y Liorna no queda más que la memoria quebrada de una civilización brillante. La Shoah, la israelización y la occidentalización han, paradójicamente, consagrado el fin de la aventura sefardí, incluso cuando el gobierno español reconocía el estado de Israel en 1986 y conmemorara el quinto centenario de la expulsión. La última ironía de la historia es el redescubrimiento por los sefardíes diseminados a través del mundo (de Venezuela y Canadá a Australia, pasando por Francia, España, los marranos de Belmonte en Portugal, los Chuetas de Mallorca y la imponente comunidad que vive en Israel) de tradiciones lingüísticas y culturales originales y de un mensaje de tolerancia y resistencia que deberían escuchar nuestras sociedades pluriculturales y meditar sobre ellas.

Bibliografía

Julio Caro Baraja (1978), Los judíos en la España moderna y contemporánea, Istmo, Madrid.

Paloma Días-Mas (1992), Sephardim. The Jews from Spain, University of Chicago Press, Chicago.

Henry Méchoulan (dir.) (1992), Les Juifs d'Espagne. Histoire d'une diaspora, 1492-1992, Éditions Liana Lévi, Paris.